

## Máximo Valentinuzzi

por Natalia López Celani y Myriam Herrera

"Ser es mejor que tener"



Sin duda esta frase guía la vida intelectual y personal del Dr. Máximo Valentinuzzi (MEV, Eugenio, Max o Inge, según quienes lo rodeen). A lo largo de los años se ha esforzado en mostrar a sus becarios, discípulos y alumnos una visión personal de la Ciencia, en la que el esfuerzo y dedicación se acompañan con afecto y con el cultivo de valores. Si no hay un anclaje profundo en el amor a la vida, a la Naturaleza, al Arte y a la Ciencia, el academicismo no es suficiente.

Nacido en Buenos Aires en 1932; creció en un tradicional barrio porteño y concretó sus primeros estudios en "su querido Colegio Nacional". Se recibió de Ingeniero en Telecomunicaciones, en la Universidad de Buenos Aires en 1956 y luego, en tiempos de inestabilidad política en Argentina, partió a EE.UU. donde obtuvo su título de Doctor en Fisiología y Biofísica en el *Baylor College of Medicine*, Houston, Texas en 1969. Allí desarrolló una extensa actividad docente tanto en *Emory University*, Atlanta (Georgia) como en el *Baylor College of Medicine*, Houston (Texas) donde desarrolló su amor por la Fisiología y el trabajo con seres vivos.

De vuelta en su querido país -donde siempre quiso estar- se incorporó al entonces Laboratorio de Bioelectrónica en la Universidad Nacional de Tucumán (UNT) desempeñándose como Profesor Titular desde 1972. La docencia y la investigación ya eran su meta; en sus prolongadas horas de Laboratorio aportaba su amplia visión del futuro e incentivaba constantemente a los que los rodeaban. Aplicando sus aptitudes y conocimientos de la ingeniería inició un lento pero extenso camino promoviendo la Bioingeniería en Argentina. Colaboró en la confección de los planes de estudio de las carreras de Bioingeniería e Ingeniería Biomédica en diversas Universidades (Universidad Nacional de Entre Ríos, Universidad Nacional de San Juan, Universidad de Buenos Aires, entre otras) y en programas de posgrado. Cuando nadie conocía sobre esta ciencia, el Dr.

Valentinuzzi ya dictaba "cursos multidisciplinarios" a alumnos de la Facultad de Ciencias Exactas en Tucumán y los extendía al mundo en sus continuos viajes.

En 1975 creaba su propio Laboratorio de Bioingeniería e iniciaba una amplia trayectoria en investigaciones científicas del mejor nivel. Allí, en los pasillos del entonces Instituto de Ingeniería Eléctrica en la Universidad Nacional de Tucumán, los estudiantes veían al maestro vistiendo delantal blanco con su nombre bordado, una costumbre que sólo los discípulos de Bioingeniería respetaban a rajatabla. Los anteojos de Carey grandes -a la moda según sus palabras- dispuesto a interrogar a sus alumnos. El gesto adusto que el mate en la mano siempre suavizaba. Sus proyectos, sus clases motivadoras y llenas de enseñanzas de vida hicieron que un grupo nutrido de estudiantes de electrónica se alinearan en pos de sus objetivos: "la Bioingeniería debía desarrollarse en Argentina y en nuestra casa académica".

Así, fue cofundador (1981) y director (1987) del Instituto Superior de Investigaciones Biológicas, INSIBIO del Consejo Nacional Investigaciones Científicas.

cas y Técnicas (CONICET) donde se creó el ambiente propicio para las actividades multidisciplinarias donde las ciencias exactas y las biológicas convergían; una utopía por aquellos años. Dueño de una vitalidad increíble e inagotable energía sigue formando investigadores y colaborando en Universidades de otras provincias a donde llega humildemente en colectivo a enriquecernos con su experiencia y amistad.

Siempre puso todo el tesón para conseguir niveles académicos de excelencia en sus cursos, en las tesis de sus alumnos, en los temas y las tareas de investigación y, sin duda, lo consiguió con creces. Muchos han sido sus premios. En 1973, recibió el *Premio Nightingale* de Bioingeniería (Federación Internacional Ingeniería Biológica y Médica, IFMBE, y *Biological Engineering Society*, Londres) en colaboración con T. Powell (Inglaterra) y H.E. Hoff y L.A. Geddes (EEUU); en 1981 el *Premio Bernardo A. Houssay* (en colaboración), Sociedad Argentina Biología por trabajo sobre defibrilación; en 1985 el *Premio Catalina B. de Barón* (*accessit*) con colaboradores del Laboratorio de Bioingeniería y de Fundación Falaloro por proyecto sobre impedancimetría intracardiaca; *Premio Recorrido Dorado a las Ciencias*, 1984, Sociedad Distribuidores Diarios de Buenos Aires; Académico correspondiente, Academia Nacional de Ingeniería, 1989, de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, 1990, y *Founding Fellow* de la *International Academy for Medical and Biological Engineering*, septiembre 1997, en Niza, Francia. El IEEE/EMBS (*Institute of Electrical and Electronics Engineers/Engineering in Medicine and Biology Society*) le otorgó en

1996 el *Premio a la Trayectoria Científica* (*Career Achievement Award*) siendo el único latino que posee un premio de estas características. Fue galardonado con el *Premio Bernardo Houssay* 2004, de SECYT, a la Trayectoria en Investigación Científica y Tecnológica y luego, el *Premio Félix Cernuschi* a la Bioingeniería 2005 de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Durante este año ha sido Galardonado con el *Premio Konex* en el área Comunicaciones. Nuestro corazón de discípulos aún hoy se acelera cuando en los buscadores la simple palabra "Bioingeniería" explota con su nombre en la pantalla.

A pesar de sus títulos y premios, hay que reconocer en el Dr. Valentinuzzi a un hombre sencillo, trabajador como pocos, con una visión clara del futuro, amigo de sus alumnos a quienes respeta e incentiva desde siempre. Fue quien dio el puntapié para la creación de todas las escuelas de Bioingeniería que hoy existen en el país y así se lo reconocen sus estudiantes, sus investigadores, los docentes de todas las Universidades del país que tuvieron la suerte de conocerlo académicamente. En su entusiasmo, toda su familia se desarrolló alrededor de sus actividades; su esposa Nilda, después de acompañarlo toda la vida y ser la madre postiza de todos sus discípulos y alumnos, nos dio el orgullo de obtener su título de médico casi cuando otros piensan en jubilarse. Dicen que "detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer".

Durante sus 40 años de carrera en la Universidad Nacional de Tucumán, mediante sus viajes y participación en Sociedades Científicas, influyó positivamen-

te en el desarrollo a nivel internacional de la Bioingeniería. Especialmente, en América Latina ha recibido el reconocimiento de universidades de Brasil, Perú, Colombia y Cuba, entre otras. En 1999 la Pontificia Universidad Católica del Perú lo designó Profesor Honorario. En sus "expediciones científicas" solía llevar a sus discípulos por todo el mundo con generosidad y con la clara convicción de que "una mente abierta al conocimiento es capaz de producir mejor conocimiento".

Sus investigaciones han sido reconocidas en las esferas internacionales y ha contribuido en áreas como bioimpedancia, biomecánica ventricular, deconvolución numérica, educación y promoción de la ingeniería biomédica, fibrilación-defibrilación cardíaca, volumetría cardíaca por cateterismo de impedancia, microbiología de impedancia, electromiografía y rehabilitación, entre muchas otras. En particular, MEV ha sido un diestro cirujano amante de la fisiología; muchos ingenieros aprendimos por sus enseñanzas.

Su producción científica alcanza más de 150 trabajos científicos, tecnológicos y didácticos, es autor de 3 libros, coautor de otros, autor de capítulos de libros y editor invitado en números especiales de revistas en una decena de oportunidades. Referí de varias revistas especializadas de Bioingeniería y Editor de tantas otras.

La estima y respeto que le profesan sus colegas y alumnos tiene muchas razones; quiso y respetó a sus alumnos no sólo en las épocas de bonanzas sino cuando las estrecheces nos acechaban y

aún en las disidencias, que supo resolver cómo sólo los maestros pueden hacerlo.

Amante de la vida sana y el deporte, conserva su espíritu jovial y sin pretensiones. Siempre ha sido "amigo de todos los niños" con los que entablaba increíbles charlas en los largos domingos de reuniones en su casa en Yerba Buena (Tucumán). Ama profundamente a los animales compartiendo este sentimiento con su familia; un criadero de sapos en su jardín, perros de raza

y de los callejeros jugando con sus hijas o sus nietos y hasta su yegua "Puka", rescatada del maltrato animal de los carros callejeros, son prueba de su pasión. De su Buenos Aires natal guardó para siempre su amor por el tango; se deleita (y deleita a su audiencia) tocando el piano con destreza. Sus interpretaciones de tango son conocidas entre amigos y conferencistas, quienes se han visto sorprendidos en muchas ocasiones por encontrar a Max en el piano de un hotel, al que hizo "llorar con una milonga

porteña" hasta en alguna reunión internacional en EE.UU. Últimamente podemos encontrarlo también escribiendo sobre temas de divulgación científica o poniendo música a cuentos infantiles con el mismo empeño dedicado al estudio de la fisiología.

Hoy, a sus ya cumplidos 80 años, continúa viajando de una Universidad a otra, desplegando sus saberes y alimentando pasiones; su lema de siempre resume la calidad de su persona: "Ser es mejor que tener".